



Caída al abismo



Caída al abismo

...a los que, para ganarse la vida, la han perdido

Edición: Secretaria de Política Sindical - Salut Laboral
UGT Catalunya

Redacción, diseño y corrección: l'Apòstrof, sccl

Impresión: Artyplan

Depósito legal: B-XXXXXXX

En caída imparable desde el andamio, a Abdelkrim sólo le viene una idea a la cabeza: la cara de su madre riñéndolo cuando él, de niño, se encaramaba a una higuera que había cerca de casa. Está a décimas de segundo de un impacto fatal y no se le borra aquella imagen de los primeros años de su vida. Con la boca torcida, los ojos medio cerrados y la frente arrugada, su madre se ponía de los nervios cada vez que lo veía en el árbol. Desde entonces, el olor a higuera siempre lo ha transportado a la infancia.

Tumbado en el suelo después de caer desde trece metros de altura, Abdelkrim nota el hormigueo intenso que le recorre a la velocidad de la luz todo el cuerpo, desde los pies hasta la cabeza. Siente un extraño vacío interior, que nunca antes había vivido, y tiene la sensación de que su cuerpo ya no pesa. Es como si se hubiera vuelto inmaterial. Una mezcla de vértigo y miedo lo invade. Ve de forma borrosa cómo dos personas que no puede identificar corren hacia él, pero es incapaz de oír sus gritos. Las gotas de lluvia que caen desde hace un rato le empañan los ojos y, de golpe, su mirada fija, perdida, se apaga. Lentamente, los párpados caen y la oscuridad lo engulle.

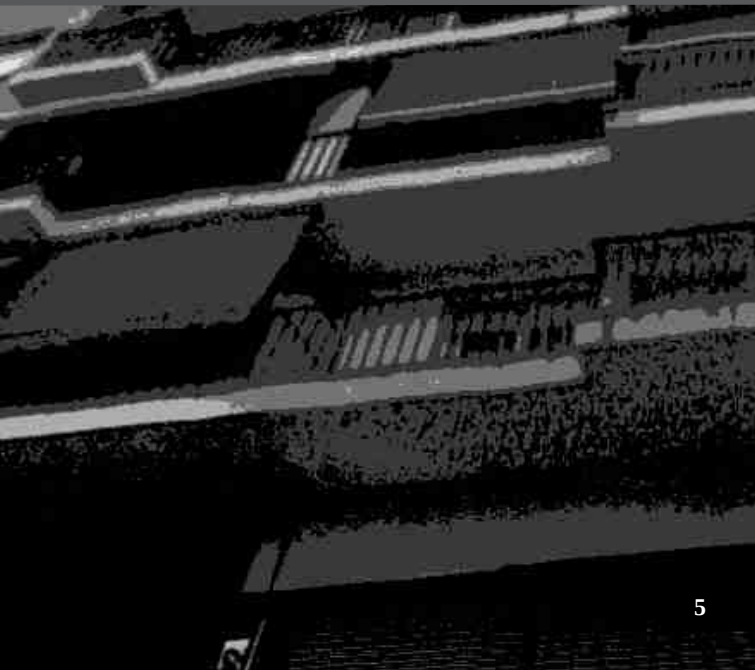
Abdelkrim nació hace veintidós años en Dhalil. Este pueblo marroquí está situado a sólo 24 kilómetros de Fez, ciudad donde empezó a estudiar la carrera de Derecho. Es el tercero de cinco hermanos. La situación económica de su familia no era muy buena y, cuando murió su padre, hace poco más de un año, no se lo pensó dos veces y con un visado de turista viajó a Cataluña siguiendo los pasos de su hermano Rachid y de su primo Khaled. En este tiempo ha trabajado en el campo

y como vigilante nocturno en una fábrica, pero hace tres semanas lo contrataron en el mismo sitio donde, ya hace tiempo, trabajan Rachid y Khaled. Es una pequeña empresa familiar de Ripollet que se dedica a la construcción.

La noche antes de caer del andamio, a Abdelkrim le costó mucho dormirse. Cuando, por la mañana, sonó el despertador, tiró de la sábana y la colcha hasta el cuello y se dio media vuelta. Se había pasado toda la noche destapado por la pereza de levantarse y recuperar la ropa de la cama, que, después de tantas vueltas para conciliar el sueño, se le había bajado hasta los pies. De golpe, se dio cuenta de que había pasado frío y notaba que le dolía la cabeza. Una sensación extraña le recorrió el cuerpo. Si hubiese sido por las ganas, no habría ido a trabajar.

—¡Abdelkrim, levántate!— le dice su hermano, que va a lavarse la cara y a preparar un poco de té.

Son las seis menos cuarto y Rachid sabe cómo se enfadan Juan y Miguel, sus jefes, si no están a punto cuando los pasan a buscar con la furgoneta a las seis y cuarto. Abdelkrim, Rachid, Khaled y Mohamed, un compatriota que en este momento está en paro, viven de alquiler en un piso de 55 metros cuadrados en la calle Murillo de Cerdanyola. Abdelkrim comparte con Rachid una de las dos habitaciones de un piso donde no se han hecho reformas desde finales de los sesenta, cuando se construyó el edificio. Las puertas oscuras de chapa, el tono amarillento que ha ido cogiendo la pintura blanca de las paredes, las cortinas de color azul marino del comedor y las baldosas con motivos florales de la cocina dan al espacio un aire retro.



Rachid cuenta ya los días que le quedan en el piso, porque dentro de dos semanas se casa con una chica de Cerdanyola y se irán a vivir unas calles más allá.

A la misma hora en que Abdelkrim pone los pies en el suelo y empieza a vestirse, su madre está a punto de despegar del aeropuerto de Fez para volar hacia Barcelona. Es la primera vez, en sus 48 años, que Najat sube a un avión, y está muy nerviosa. Le da pánico volar. Le sudan las manos y le cuesta, incluso, tragar saliva, pero ya no se puede echar atrás. Es ella la que decidió adelantarse a la familia e ir a Cataluña con bastante tiempo de margen para poder ayudar a su hijo Rachid en la preparación de la boda y para conocer mejor a su futura nuera, a quien sólo ha visto una vez.

A las seis de la mañana, con el bocadillo bajo el brazo, vestidos con pantalones oscuros, camisetas de manga larga y chaquetas para combatir el fresco que hace a esa hora de la mañana a principios de octubre, Khaled, Rachid y Abdelkrim salen de casa. En cinco minutos llegan hasta la carretera de Barcelona, donde los recogen sus jefes. Cuando pasan por el puente del río Sec, Abdelkrim se levanta el cuello de la chaqueta. La humedad, una neblina que empaña el curso del río y la temperatura, que ha bajado, le provocan escalofríos. Vuelve a pensar que hoy no tiene un buen día.

—¡Qué, Guerrú! No estás acostumbrado al fresco, ¿eh? —le suelta Juan a Abdelkrim cuando suben a la furgoneta.

Juan le ha puesto ese mote porque asegura que se parece mucho al atleta marroquí Hicham El Gue-



rrouj. Como el campeón olímpico, Abdelkrim es bajito, fibroso, de piel oscura, tiene las orejas grandes y una mirada que denota timidez. Además, siempre va calzado con zapatillas deportivas. La empresa no les facilita unas botas para evitar, en la obra, golpes o cortes en los pies y por eso lleva unas deportivas de suela gruesa y tacón alto, como las de los jugadores de baloncesto.

Abdelkrim, que va en el asiento de atrás entre Rachid y Khaled, mira al retrovisor interior de la furgoneta. Juan, que agarra fuerte el volante, con los brazos rígidos, aparta un momento los ojos de la carretera y le devuelve la mirada a través del espejo. Abdelkrim no ha entendido la pregunta. Se limita a mover la cabeza en sentido afirmativo y arquea un poco los labios, como si le hubiera hecho gracia el comentario. Rachid, que le traduce todo lo que no entiende, se ha ahorrado, esta vez, el esfuerzo de trasladar a su hermano una pregunta retórica, que no esperaba ninguna respuesta. Sólo lo ha mirado de reojo y sus labios también han dibujado una tímida sonrisa. En el año y pico que lleva en Cataluña, Abdelkrim ha hecho pocos progresos con el castellano y todavía menos con el catalán. Con Rachid, Khaled y su compañero de piso, Mohamed, habla en árabe. Mientras trabajó de vigilante nocturno no tenía que intercambiar palabra con nadie y en el campo, cuando estuvo cortando lechugas en una finca enorme que hay entre Cerdanyola y Sant Cugat, se defendía como podía con el francés, dos palabras en castellano y las señas.

En la furgoneta que los lleva al trabajo se ha hecho el silencio. Miguel, que va en el asiento del acompañante, lo rompe cuando pone la radio. Abdelkrim

escucha la sucesión de anuncios que suenan, pero la dificultad de entenderlos lo lleva a desconectar rápidamente. Ha clavado la mirada atentamente en la ventanilla que tiene a la izquierda, donde ve pasar, uno tras otro, todos los coches y camiones que circulan en sentido contrario. Se queda absorto en la imagen y el sonido repetitivo de los vehículos. Cuando pasan por delante de una gran cementera que hay al lado de la carretera, levanta los ojos lentamente y observa cómo la chimenea de la fábrica escupe sin parar una densa columna de humo, más gris aún que el día. Entonces piensa si fue un acierto la idea de venir a Cataluña. Él estaba a punto de acabar la carrera de Derecho. Habría sido el primero de su familia en obtener una licenciatura universitaria. Está decidido a acabar la carrera y, si puede, quiere volver a su país para ejercer de abogado.

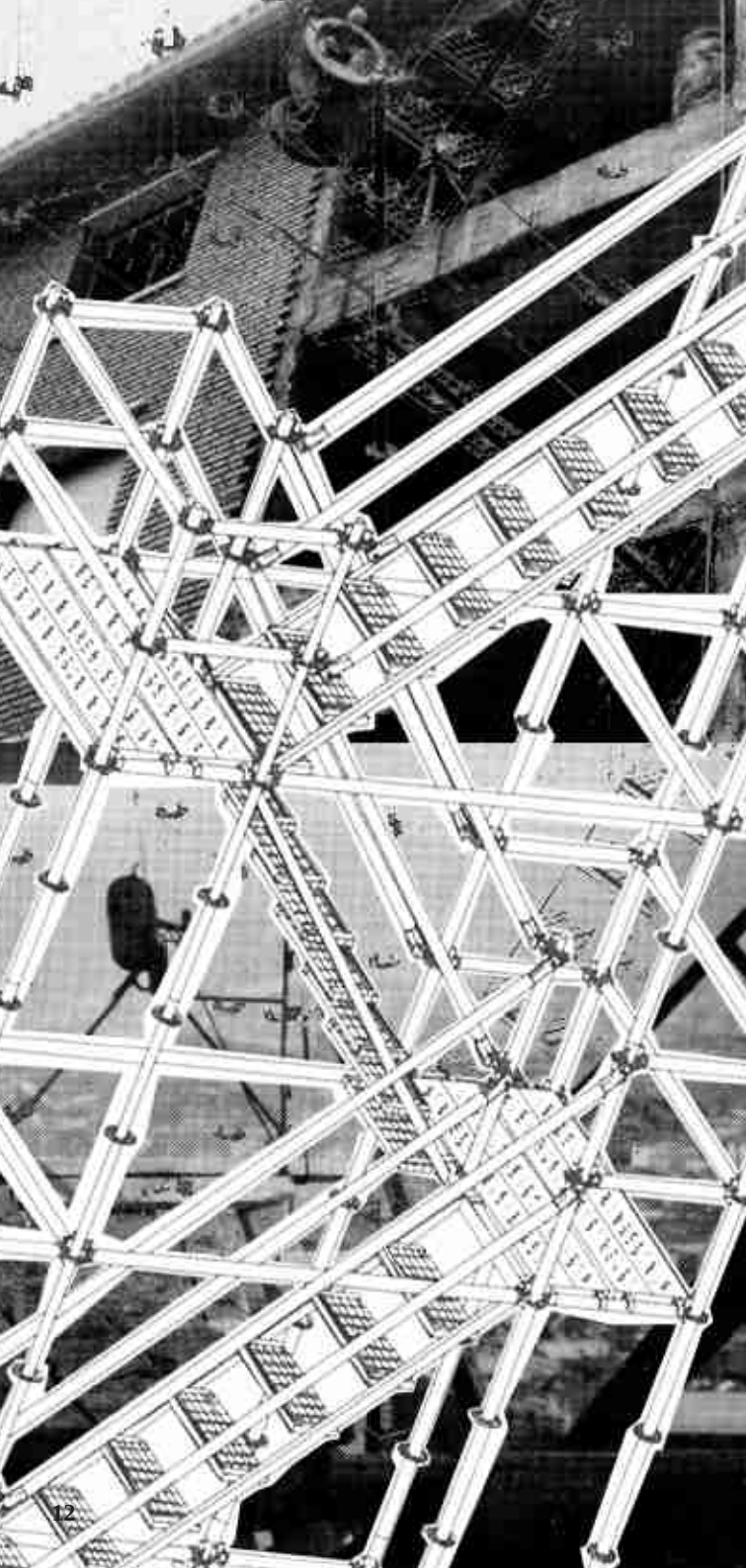
En el avión, Najat no acaba de estar tranquila. Ya ha quedado atrás el despegue, que según le han dicho es uno de los momentos más críticos. Pero ahora, en pleno vuelo, le inquieta el ruido que hacen los motores del aparato. No poder comunicar a nadie su inquietud aumenta su nerviosismo. Se desabrocha el último botón de la blusa que lleva, se retoca el pañuelo a juego que le cubre el pelo y después se estira la falda para deshacer las arrugas. Ya no sabe cómo ponerse. Ahora, además de las manos, le empiezan a sudar los pies. Mustafá, su hijo mayor, le ha recomendado que se distraiga con una revista y que lleve un caramelo en la boca para evitar que la presión le provoque molestias en el oído. El primogénito, de 30 años, está casado, tiene dos hijos y trabaja en un taller mecánico en Fez. Después de Rachid y Abdelkrim, el segundo y el tercer hijo, respectivamente, Najat



tuvo a Safia. Sus padres se esforzaron para que estudiara, pero ella dejó los libros y se fue a Beni Enzar para trabajar en una conservera. Hace unos meses se empadronó en Nador, desde donde puede entrar cada día en Melilla, sin visado, para llevar paquetes con mercancía de contrabando. Gana dinero, pero tiene la espalda destrozada. La única hija que vive con Najat es Dunia, que se gana la vida ofreciéndose como guía para acompañar a los numerosos turistas que cada día visitan en Fez las calles medievales, la mezquita de Kairaouine o el barrio de los curtidores. Najat empieza a hacerse a la idea de que Rachid, cuando se case, se quedará en Cataluña. Aunque no lo ha dicho nunca, desea que Abdelkrim vuelva a casa.

La furgoneta donde van los dos hermanos se ha parado en el primer semáforo de la avenida Meridiana de Barcelona. Es el primer día que van a trabajar a un edificio nuevo situado en la calle Garcilaso, en Sagrera, donde la crisis ha frenado la fiebre constructora que se había desencadenado alrededor de la nueva estación de alta velocidad. Ellos tienen que colocar las canales de aluminio que recogen las aguas pluviales. De hecho, son instaladores que trabajan como distribuidores oficiales de una conocida marca de canales y han sido subcontratados para hacer este trabajo específico. En la furgoneta, un auténtico vehículo-taller de cuatro metros de largo, llevan todas las herramientas y las máquinas de perfilar de las canales. Así, en la misma obra, pueden fabricar, cortar, pulir, acoplar y colocar las piezas de aluminio que hacen a medida.

Cuando llegan al edificio, Juan no puede aparcar. Necesita dejar la furgoneta justo delante de



donde trabajan para poder utilizarla como taller móvil. Pasa el tiempo, y Juan, que ve cómo corren los minutos, deja escapar un resoplido. Después de esperar un buen rato, un fontanero que ha llegado un poco antes les hace el favor de mover su vehículo. Miguel retira la valla y acaba de hacer sitio para que su cuñado pueda meter la furgoneta. Mientras, Rachid mira con atención el edificio. No le gusta nada cómo está instalado el andamio donde tendrán que subir para hacer el trabajo.

—Juan, ¿has visto eso? —le dice Rachid señalando el andamio con el brazo estirado. —¿Qué pasa? ¿Ya estás poniendo pegas? —le responde Juan mientras cierra la furgoneta de un golpe.

Rachid lo mira sorprendido. Lleva años trabajando en la construcción y se huele los peligros. Es un tema que le preocupa y que tiene muy fresco, porque a través del sindicato al que está afiliado acaba de hacer un curso de prevención de riesgos laborales. Por eso, con una ojeada ha tenido suficiente para detectar los errores que ha cometido la empresa que ha instalado el andamio.

—¿Qué quieres decir con “qué pasa”? —pregunta Rachid—. En un lado, el que está pegado a los balcones, no hay ninguna barandilla de protección, y eso que el andamio está a más de tres palmos de la fachada, cuando tú sabes que no tendría que estar a más de 30 centímetros. Por el agujero pasaría un buey. Arriba del todo, no hay ninguna pasarela para llegar a la cubierta. Y, encima, ¡no veo ningún sitio donde atarnos las correas de seguridad! —¡No me toques los huevos! —le contesta Juan. —Claro, como tú y Miguel os quedáis en tierra cortando las canales, no ves ningún

peligro... –le replica. –Sabes perfectamente que el andamio no lo he puesto yo. Si la empresa que lo ha instalado lo ha hecho mal -dice Juan-, yo no tengo la culpa. Se lo diré, lo arreglarán y ¡sanseacabó! Pero ahora no podemos perder más tiempo, que ya hemos perdido mucho.

Rachid mueve la cabeza lentamente de izquierda a derecha, mostrando su desacuerdo. Detrás de él, Abdelkrim, que ya se ha quitado la chaqueta y se ha puesto el arnés que no podrá sujetar en ninguna parte, ha seguido, pasmado, la discusión entre su hermano y su jefe. Al ver que no ha entendido buena parte de la conversación, Rachid le enseña lo que estaba diciendo y vuelve a enumerar las deficiencias, ahora en árabe. Abdelkrim, que hace sólo tres semanas que trabaja en esto, no ha seguido nunca un curso de prevención de riesgos laborales, pero no es necesario ser un experto en la materia para ver lo que es evidente. El edificio, de ladrillo visto, tiene cuatro alturas, con dos pisos en cada nivel, cada uno con un gran balcón triangular que da a la calle Garcilaso. La forma de los balcones -los de cada altura están pegados el uno al otro- dibujan una fachada en forma de w. Los operarios de la empresa subcontratada que han colocado el andamio han sudado la gota gorda para poder ajustar la estructura de trabajo de modo que toque la pared. Pero en el ángulo que hacen los balcones, el andamio ha quedado muy separado de la fachada y, aun así, no han puesto ninguna barandilla de protección en los laterales.

–Guerrú, no dejes que tu hermano te coma la olla –le comenta Miguel–. Y tú, Rachid, no cabrees más a Juan, y *empezar* a subir las herramientas, que si no se nos hará la hora de comer y todavía

no habremos empezado. Ir tirando y ya nos pondrán bien el andamio, si pueden.

En poco más de media hora y con la ayuda de una polea, ya han subido las herramientas, las esquinas, los codos, las fijaciones y unos protectores de aluminio que pondrán encima de las conducciones para evitar que algún objeto pueda obstaculizar el paso del agua. Las canales, en forma de cornisa y atornilladas con fijaciones ocultas, quedarán camufladas en la fachada. Lo que no se podrá disimular es la instalación que coronará la parte más alta del edificio. Les han pedido que pongan un accesorio de policarbonato, lleno de varillas muy finas de acero inoxidable, para espantar a las palomas. A pie de calle, Juan y Miguel van cortando a medida las canales que después colocan sus trabajadores arriba del todo, a 13 metros de altura. Después de horas de subir piezas con la polea, de situarlas en su sitio, de atornillarlas con el taladro y de moverse en la estrechez del andamio, Abdelkrim tiene los brazos destrozados y la planta de los pies dolorida. Suerte que ya es la hora de comer.

La azafata se agacha un poco y con la punta del índice toca levemente el brazo de Najat para despertarla. El cansancio la había vencido.

—¿Quiere comer algo? —le pregunta amablemente la chica.

El bocadillo que ha escogido Najat es el peor que ha probado en su vida. El pan de molde, convertido en una especie de chicle, se le pega entre el paladar y los dientes y tiene que hacer esfuerzos con la punta de la lengua para quitárselo. El pollo está duro y frío. Y la hoja de lechuga que le han puesto



dentro, sin aceite, no hace más digerible un bocadillo que han tenido el desacierto de bautizar como “mediterráneo”. Najat se ha levantado pronto y lleva horas de viaje, ya que ha tenido que hacer escala en el aeropuerto Mohammed V de Casablanca, donde la espera se le ha hecho muy larga. Ahora ya sólo tiene ganas de llegar. El avión aterriza en el Prat a las ocho y media, y sus hijos irán a recogerla cuando salgan del trabajo.

A Abdelkrim y Rachid la tarde se les hace eterna esperando el momento de reencontrarse con su madre. Han tenido problemas para poder fijar unos anclajes y eso les ha retrasado el trabajo. A las seis, los albañiles, los fontaneros y los carpinteros terminan. A pesar de que ya llevan ocho horas de trabajo, Juan les pide que hagan un último esfuerzo para terminar la colocación de la pieza que acaban de subir. En el edificio, con ellos, ya sólo trabajan los pintores, que trajinan en el interior de mala gana, porque hace dos meses que no cobran las horas extraordinarias que les obligan a hacer.

Abdelkrim mira el reloj constantemente. Se les echa el tiempo encima y sufre por si llegan tarde al aeropuerto. De golpe, el cielo se abre y empiezan a caer cuatro gotas. Al lado de la furgoneta, Juan empieza a quejarse.

—¡Lo que faltaba!— le dice a su cuñado—. Venga, avísalos para que terminen —añade resignado. Miguel mira hacia arriba y lanza un silbido largo. Después, con la mano abierta al lado de la boca para que su voz gane resonancia, sigue las indicaciones de su cuñado. —¡Tíos, dejémoslo por hoy! *Recoger y bajar*, que nos vamos.

Los tres trabajadores empiezan a recoger las herramientas y el material. En caso de tormenta, una ráfaga de viento podría hacer caer alguna pieza a la calle. Desde la plataforma del andamio hasta la cubierta del edificio hay un desnivel de pocos centímetros, que Abdelkrim salva con un salto hacia arriba.

Una vez en el tejado, recoge los anclajes que han sobrado, comprueba que no se han dejado nada más y se dispone a volver al andamio, ahora sin saltar. Cuando pone el pie derecho sobre la plataforma, muy cerca del lado que no está protegido, Abdelkrim pisa un taladro, se tuerce el tobillo, pierde el equilibrio y cae de lado. Todo es muy rápido. Agita los brazos infructuosamente, intentando agarrarse a algún sitio, y pide auxilio con un grito desesperado, pero nada puede evitar que caiga por el agujero entre el lateral del andamio y el ángulo que hacen los balcones de la fachada. Abdelkrim nota el vacío y los golpes lo van magullando. Como el agujero por donde cae es muy estrecho, su cuerpo, sin ningún control, va recibiendo el impacto de todos los elementos que sobresalen de la fachada y va rebotando contra el andamio, del que empiezan a caer las herramientas que todavía no habían recogido. El último golpe, cuando llega al suelo, es en la cabeza, contra tres ladrillos que alguien había apilado y dejado al lado de la pared. Después de ese ruido... el silencio. Inmediatamente después, los gritos de Rachid.

—¡¡¡Abdelkrim, Abdelkrim!!! —se desgañita su hermano.

Baja del andamio como loco, mientras Khaled, con las manos en la cabeza, permanece inmóvil. Juan y Miguel corren a socorrer a Abdelkrim, que

está en el suelo, con las rodillas mirando hacia un lado y la cabeza, hacia otro. Tiene los ojos abiertos pero, cuando se arrodillan delante de él, los cierra. Juan le pone la mano izquierda sobre una mejilla, mientras con la derecha golpea con suavidad el otro lado de la cara. Lo llama por su nombre dos veces, pero Abdelkrim no reacciona. Ha perdido la consciencia. Rápidamente, intenta reanimarlo haciéndole el boca a boca, pero Abdelkrim sigue sin respirar. Miguel coge su teléfono móvil y pide una ambulancia. Todos están muy nerviosos y no saben qué tienen que hacer. Ocho minutos después llega el equipo de emergencias médicas. Dos chicos y una chica bajan rápidamente de la ambulancia y, mientras preguntan qué ha pasado, se disponen a hacer un masaje cardíaco. Todos los esfuerzos son inútiles. Después de intentar reanimarlo durante mucho rato, los médicos se rinden. No hay nada que hacer.

—¡Tú lo has matado! ¡Tú nos has hecho subir a esta mierda de andamio! ¡Tú eres el culpable! —le recrimina Rachid a Juan.

Lo coge por el cuello de la camisa y levanta el brazo para darle un puñetazo, pero Miguel lo coge por detrás y lo para. Rachid se gira y lo empuja, escupe a Juan y después, llorando, se arrodilla delante de su hermano y lo abraza con todas las fuerzas del mundo.

Por fin, Najat ha aterrizado. Ignorando lo que acaba de pasar, espera impaciente su equipaje al lado de una cinta que poco a poco va sacando maletas y más maletas. Tiene unas ganas inmensas de abrazar a sus hijos. Cuando pone en marcha el teléfono móvil, empieza a recibir avisos de llamadas perdidas. Son de Rachid. Mientras espera el

equipaje, se lleva el teléfono a la oreja y se dispone a escuchar el mensaje que tiene en el buzón de voz. De golpe, Najat tuerce la boca, cierra los ojos y arruga la frente. Se queda blanca, petrificada, se le cae el móvil de la mano y se desmaya.

Las prisas de los jefes y la imprudencia de la compañía que ha instalado el andamio han provocado la caída de Abdelkrim al abismo. Una barandilla inexistente donde hacía falta y la ausencia de un punto donde atar el arnés han roto muchos sueños. Abdelkrim ya no podrá volver a abrazar a su madre. Ya no podrá ir a la boda de su hermano. Y tampoco podrá volver a su país a ejercer de abogado.



Secretaria de Política Sindical - Salut Laboral
Rambla de Santa Mònica 10, 08002 Barcelona
Tel. 93 304 68 32
otprl@catalunya.ugt.org
www.ugt.cat



Financiado por:



FUNDACIÓN
PARA LA
PREVENCIÓN
DE RIESGOS
LABORALES